

Cultura a la contra

Pornografía

UNA de las pocas cosas que me reconcilian con el hecho de ser humano es la existencia de la pornografía en todos sus aspectos: cinematográfico, literario o fotográfico. Y es que me excita, y pocas fuentes de excitación van quedando ya. Un país sin pornografía, como ha sido éste durante tantos años, es un país de reprimidos-represores, donde la única fuente de placer y diversión puede ser la violencia gamberril: romper cabinas de teléfono, matar gatos con el coche y violar ancianitas.

El sexo, en general, es una actividad sana y deportiva que fomenta las mejores cualidades del ser humano: el deseo de charla, de amistad y de compañía. Pero el sexo en solitario que nos proporciona la pornografía, ese solazarse consigo mismo y con sus imágenes, es también muy importante: la masturbación es un acto místico, donde el que la practica se pone en contacto con lo más íntimo de su ser. Y la literatura, cine o fotografía pornográfica sirve como apoyatura formal para esa comunión secreta. Todo es ceremonia y ritual en la masturbación, todo son gestos y figuras estereotipadas —rituales— en la pornografía. La belleza de los cuerpos o de los rostros es algo innecesario: lo que importa es crear fantasmas, darles una apariencia de corporeidad para que quien los contempla pueda inventar su propia historia.

Los mayores detractores del hecho pornográfico son, precisamente, aquellos que, por falso liberalismo, no se atreven a decir que lo son. La tachan entonces de "subgénero" —como hacen también con la ciencia-ficción, el tebeo o la novela policíaca—, hablan despectivamente de su mala calidad y, sobre todo, de su falta de imaginación. Es algo aberrante calificar de falta de imaginación, o de aburrido, a una máquina que sirve precisamente para producir imágenes. Y en cuanto a la acusación de mala calidad, habría que ver con respecto a qué criterios. La buena o mala calidad de algo, su belleza o fealdad, son conceptos dictados por una clase en el poder que impone sus gustos al personal; y, desde luego, es muy distinto el concepto de belleza de un habitante de Entrevías que el de quien vive en Serrano. Pero, ateniéndonos a sus propios juicios, ¿podemos hablar contra la calidad estética de la obra de un Apollinaire, de una Anaïs Nin, de un Miller o de un Sade? Todos han hecho pornografía en algún momento, y estoy seguro de que todos se han divertido haciéndola.

El término en sí es bastante difuso en su significado: es pornografía, por definirlo de algún modo, lo que al censor no le gusta; y no hablo ya de censores ministeriales, sino de esos cultos censores que hablan vaso de whisky en mano, que critican y dictan modas. Esos son los que hacen sutiles distinciones entre erotismo y pornografía, cuando lo que nos dan como erotismo no es más que pornografía mal parida, inútil para la masturbación, una especie de corrida envuelta en celofán para no mancharse los dedos. Es pornografía lo que hacemos todos, ejercer la prostitución o hablar sobre ella. Los comentaristas políticos escriben sobre prostitución; y los críticos literarios, pictóricos o musicales no hacen otra cosa: hablar de asuntos turbios y oscuros, reflejar la sordidez de un mundo donde todo se vende a cambio de algo. Y, encima, no excitan a nadie, no impulsan a nadie a gozar de su cuerpo ni del de los demás. Yo siento mucho que en los lugares donde escribo no me permitan hacer pornografía: me encantaría saber que algún lector mío —al que habría que dar el calificativo de amable— se masturbase al leerme. ■ EDUARDO HARO IBARS.

CINE

"Caniche"

Segundo largometraje de este extraño director, Bigas Luna, empeñado en crear una realidad puramente cinematográfica que nada tenga que ver con el retrato naturalista ni con la crónica social. El mundo de Bigas Luna es suyo: es ese meticuloso punto de vista sobre las cosas, que no tiene que ser ilustrativo ni narrador. Un objeto, un detalle del cuerpo humano, un sonido, una mirada son los elementos que conforman la narración. Y con ellos la creación de un clima tenso, misterioso y divertido que conduce al morbo. Si en "Bilbao" esto era ya perceptible, en "Caniche" llega a grados más inteligentes y sabios. Nada ocurre en la película para producir tensión en el espectador, y, sin embargo, esa tensión existe. En ocasiones puede hacerse incluso insoportable, porque nunca llega a concretarse. El terror a contemplar determinadas escenas desasosiega al espectador. La humorada de Bigas Luna es que esas secuencias temidas nunca aparecen; incluso la historia no concluye... o no debía concluir. Porque lo que en "Caniche" resulta fallido es

ese intento de cerrar la anécdota sin que en realidad sea necesario y sin que ciertamente se concluya del todo. Lástima de últimas secuencias que proponen y niegan un desenlace, como si Bigas Luna no hubiera sabido que una película como la suya podía acabar simplemente con la palabra "fin", sin que nada lo justificara.

Es cierto que la anécdota de la pareja de hermanos que viven con un caniche y se entusiasman por los demás perros (por razones que aquí no hay que divulgar) no vincula a nadie ni importa demasiado. Pero no se trata de reducir la película a su esquema argumental, sino de saborear la puesta en escena que Luna propone, su capacidad de síntesis y de elipsis, su soterrado, viejo y listo sentido del humor. Porque de una película de humor se trata y no porque el público sonría en voz alta. Esa es una risa nerviosa llena de miedo. El humor es la película toda, que no ocurra nada y que se esté contemplando como si nos encontráramos ante una exhaustiva explicación de algo temido a insoportable. Cuando acaba "Caniche", quizá nos quedemos decepcionados. Culpa de las últimas secuencias sin duda, pero también como cuando el orgasmo hace olvidar las tensiones primeras y uno se pregunta qué hace en esa cama a esas horas de la tarde. ■ DIEGO GALAN.

"El semen del hombre"

Realizada en 1969, inmediatamente después de la genial "Dillinger é morto", forma parte de un discurso hilado y continuo que viene manteniendo Marco Ferreri desde que abandonara los ya lejanos caminos del neorealismo. Le produce horror nuestra sociedad; ve en ella el final de una época que se niega a morir, pero cuya muerte real nos infecta ya a todos. No hay posibilidades de salvación. Las relaciones de producción, las íntimas, las familiares están carcomidas. Nuestro mundo sólo tiene la posibilidad de estallar definitivamente, desaparecer y quizá reiniciar el juego con criterios distintos. Pero hasta eso parece imposible. Permanecen en nosotros los gérmenes de las viejas ideas, de las estupideces, de los epulsos. La pareja protagonista de

"Caniche", de Bigas Luna.





"El semen del hombre", de Marco Ferreri.

"El semen del hombre" vive el cataclismo final, pero, sobre todo él, continúa sintiendo como si nada hubiese ocurrido: quiere un hijo que perpetúe la especie. Y cuando ese hijo va a nacer, el mundo estalla como una bomba, porque ya no hay posibilidades de salvación. Como ocurría en "El harem", película anterior a ésta, o en "Liza", "La grande bouffe", "La última mujer" y, sobre todo, "Adiós al macho". Ferreri entiende que todo está perdido. Una de las razones principales se encuentra en las relaciones de dominio del hombre y la mujer, alternativas, dispares, pero coincidentes en que uno subyugue al otro. Puede Ferreri inclinarse en una película por defender la personalidad femenina (en "El semen del hombre", por ejemplo, se niega a ofrecer un desnudo de mujer, mientras el hombre aparece sin ropa en múltiples secuencias) o puede, por el contrario, contemplarla como una posibilidad más de destrucción. Porque todo cuanto hay sobre la tierra está destruido o en todo caso precisa sólo de ponerse en movimiento para arrastrar a la destrucción final lo que le rodea. Pesimismo y lucidez conforman estas películas de Marco Ferreri, donde ya el humor florece apenas o lo hace de manera soterrada, de laboratorio. El mundo original sólo surge para morir o para ser asesinado. El mundo ficticio creado por la Humanidad sobrevive gracias a las armas, a la fuerza. Pero hay que destruirlo, hay que destruirlo. Obsesión a veces ingenua y en ocasiones más penetrante —como en "La grande bouffe"—, que continúa

firme en este director sorprendente, al que no importa nada que sus películas cuenten con los requisitos comerciales habituales. Con trucos, sus películas serían deshonestas. ■ D. G.

TEATRO

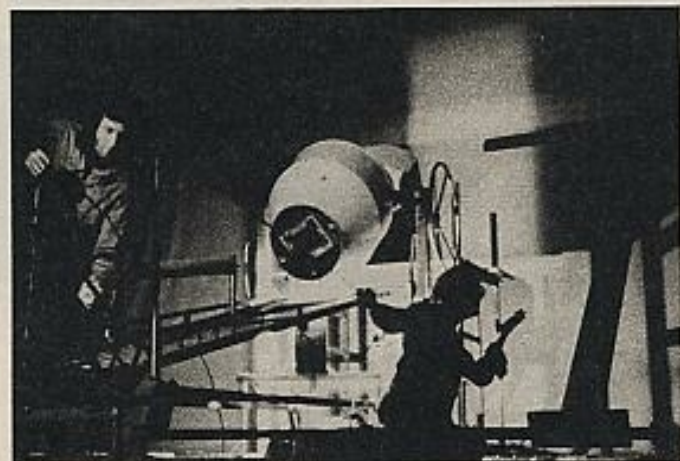
Vallecas: Hacia un teatro de la comunidad

Gayo Valleciano. Festival musical de clausura. Y cierre temporal de la sala para cambiar las butacas y el escenario.

En realidad, la temporada teatral había terminado a mediados de mayo, con las representaciones de "Extraño juguete", de la argentina Susana Torres. Su co-

un proyecto totalmente insólito en la vida madrileña y desarrollado luego con el esfuerzo propio de los trabajos y los días, de la confrontación con la realidad, de la lucha en un medio social totalmente alejado del teatro.

Tengo ante mí la lista de las actividades desarrolladas. A lo largo de los seis meses se han presentado ocho grupos. Algunos actuaron sólo dos o tres días. Pero La Cuadra, de Sevilla; Los Cómicos de la Legua, de Bilbao, y Tábano, de Madrid, estuvieron casi un mes cada uno. Sesiones de teatro infantil hubo veinticinco, y el número de recitales llegó a quince. Se celebraron, además, nueve debates políticos o culturales, a veces acompañados de recitales, de proyección de películas o de representaciones. Y se ofrecieron treinta cursillos, repartidos entre la Expresión Corporal, la Iniciación a la Música, la Improvisación, la Fotografía, la Cerámica y el Video.



"Herramientas", del grupo La Cuadra.

mienzo correspondía al 30 de noviembre, en que se presentó "Herramientas", espectáculo de Salvador Távora, quizá no del todo entendido entre nosotros —¿qué castración en nuestra cultura dramática no ha producido esa mezcla de tradición naturalista y de esquematismo político que quisiera hacer de cada espectáculo revolucionario una alegoría nítida de la cumplida victoria proletaria, sin huecos, realidades ni agonías!— y aclamado luego, en el marco del mejor teatro mundial, en el Festival Internacional de Bruselas.

Han sido, pues, seis meses de trabajo. Seis meses iniciados con el entusiasmo que corresponde a

El Gayo fue, pues, bastante más que una sala teatral para intentar convertirse en un centro de agitación cultural en la barriada de Vallecas. Faltó en la programación la presencia de la Compañía Titular, lo cual quizá no deje de ser lógico. El proyecto tenía tal cantidad de posibilidades, satisfacía tal cúmulo —siquiera teóricamente— de peticiones culturales y políticas, que se sumaron a él una docena de actores de nuestro teatro independiente, todos ellos con fuerte personalidad y con visiones inevitablemente dispares a la hora de elegir un título y un estilo en función de la nueva sala vallecana.

En cuanto al público, es evi-

dente que el Gayo se apoyó mucho en esta primera temporada en los sectores estudiantiles, en el público del teatro independiente, antes que en el destinatario "natural" de la sala: el barrio de Vallecas.

A la vista de la labor realizada, hay que preguntarse si el Gayo Valleciano respondió a lo que se esperaba de él. Y es preciso contestar que sí, que, pese a la ausencia de la Compañía Estable —que ha elegido, al fin, una obra de Alfonso Sastre—, el año se ha cumplido razonablemente. Y que es ahora, superado ya el idealismo de la primera etapa, encarado el Gayo con su medio social —Vallecas—, cuando el desafío va a tomar sus verdaderas dimensiones y el "Destinatario" va a decidir, en función de lo que le ofrezcan, si quiere o no sostener el empeño. Para mí, el sentido del Gayo, su objetivo, está, en líneas generales, muy claro: debe ser uno de nuestros grandes "teatros de comunidad", un instrumento artístico que explore y exprese, con inequívoca autenticidad, una realidad sociocultural que no aparece en los escenarios tradicionales ni en el trabajo habitual de los grupos independientes. En otros países, la experiencia ha dado ya excelentes resultados. Y el Gayo Valleciano, sin perjuicio de ofrecer su escenario a cuantos espectáculos juzgue interesantes, o acabará siendo el teatro de Vallecas o habrá perdido buena parte del fabuloso potencial con que ahora cuenta. ■

JOSE MONLEON.

Calderón, en El Escorial

He aquí, en campo tan árido como la representación de nuestros clásicos, una propuesta decididamente feliz. No ha nacido de las arcas de ningún Ministerio, ni del empeño oficial en lucir nuestro deslumbrante Patrimonio, ni de la imaginación desatada de figurinistas y escenógrafos, ni tampoco de la genialidad de un director dispuesto a que el mismísimo Calderón nos pareciera un moderno autor de vodevil... Todas esas son prácticas que, por separado o acumuladamente, se han dado en nuestros escenarios desde hace años, casi siempre con resultados tan brillantes a primera vista como dramática-